

Arthur Conan Doyle

Los planos del
Bruce Partington



E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

LOS PLANOS DEL BRUCE PARTINTONG

Arthur Conan Doyle

Una densa niebla amarillenta cayó sobre Londres durante la tercera semana de noviembre del año 1875. Creo que desde el lunes hasta el jueves no llegamos a distinguir desde nuestras ventanas de Baker Street la silueta de las casas de la acera de enfrente. Holmes se pasó el primer día metodizando su índice del grueso volumen de referencias. El segundo y el tercer día los invirtió pacientemente en un tema que venía siendo de poco tiempo a aquella parte su afición preferida: la música de la Edad Media. Pero el cuarto día, cuando al levantarnos después de desayunarnos, vimos que seguía pasando por delante de nuestras ventanas el espeso remolino parduzco condensándose en acuosas gotas sobre la superficie de los cristales, el temperamento activo e impaciente de mi camarada no pudo aguantar más tan

monótona exis-

tencia. Se puso a pasear incansablemente por nuestra sala, acometido de una fiebre de energía contenida, mordiéndose las uñas, tamborileando en los muebles, lleno de irritación contra la falta de actividad.

- ¿No hay nada interesante en el periódico, Watson? – preguntó.

Yo sabía que al preguntar Holmes si no había nada de interesante, quería decir nada interesante en asuntos criminales. Traían los periódicos noticias de una revolución, de una posible guerra, de un inminente cambio de Gobierno; pero esas cosas no caían dentro del horizonte de mi compañero. En lo referente a hechos delictivos todo lo que yo pude leer eran cosas vulgares y fútiles. Holmes refunfuñó y reanudó sus incansables paseos.

- En Londres el mundo criminal es, desde luego, una cosa aburrida – dijo con la voz quejumbrosa de un cazador que no levanta ningun-

na pieza -. Mire por la ventana, Watson. Fíjese en cómo las figuras de las personas surgen de pronto, se dejan ver confusamente y vuelven a fundirse en el banco de las nubes. En un día como éste, el ladrón y el asesino podrían ando-

rrear por Londres tal como lo hace el tigre en la selva virgen, invisible hasta el momento en que

salta sobre su presa, y, en ese momento, visible únicamente para la víctima.

- Se ha llevado a cabo infinidad de pequeños robos – le dije.

Holmes bufó su desprecio y dijo:

- Este grandioso y sombrío escenario está montado para algo más digno. Es una suerte para esta comunidad que yo no sea un criminal.

- ¡Ya lo creo que lo es! – exclamé de todo corazón.

- Supongamos que yo fuese Brooks o Woodhouse, o cualquiera de los cincuenta individuos que tienen motivos suficientes para despa-
charme al otro mundo. ¿Cuánto tiempo sobre-

viviría yo a mi propia persecución? Una llamada, una cita falsa, y asunto acabado. Es una suerte que no haya días de niebla en los países latinos, los países de los asesinatos. ¡Por vida mía que aquí llega por fin algo que va a romper nuestra mortal monotonía!

Era la doncella y traía un telegrama. Holmes lo abrió y rompió a reír diciendo:

- ¡Vaya, vaya! ¿Qué más? Mi hermano Mycroft está a punto de venir.

- ¿Y eso le extraña? – le pregunté.

- ¿Que si me extraña? Es como si tropezase usted con un tranvía caminando por un sendero campestre. Mycroft tiene sus raíces, y de

ellas no se sale. Sus habitaciones en Pall Mall, el club Diógenes, White May; ese es su círculo.

Una vez, una sola, ha venido a esta casa. ¿Qué terremoto ha podido hacerle descarrilar?

- ¿No lo explica?

Holmes me entregó el telegrama de su hermano, que decía:

« Necesito verte a propósito de Cadogan West.

Voy enseguida. – Mycroft.»

- ¿Cadogan West? Yo he oído ese nombre.

- A mi recuerdo no le dice nada. ¡Quién iba a

imaginarse que Mycroft se nos fuese a presen-

tar de esta manera tan excéntrica! Eso es como si un planeta se saliese de su órbita. A propósi-to, ¿sabe usted cual es la profesión de mi her-

mano?

Yo conservaba un confuso recuerdo de una

explicación que me dio cuando la *Aventura del intérprete griego*.

- Me dijo usted que ocupaba un pequeño

cargo en algún departamento del Gobierno

británico.

Holmes gorgoriteó por lo bajo.

- En aquel entonces yo no le conocía a usted

tan bien como ahora. Es preciso ser discreto

cuando uno habla de los altos asuntos del Esta-

do. Acierta usted con lo que está bajo el Go-

bierno británico. También acertaría en cierto

sentido si dijese que, de cuando en cuando, el

Gobierno británico es él.

- ¡Mi querido Holmes!

- Creí que lograría sorprenderle. Mycroft co-

bra cuatrocientas cincuenta libras al año, sigue

siendo un empleado subalterno, no tiene ambi-

ciones de ninguna clase, se niega a recibir ningún título ni condecoración, pero sigue siendo

el hombre más indispensable del país.

- ¿Por qué razón?

- Porque ocupa una posición única, que él

mismo se ha creado. Hasta entonces no había

nada que se le pareciese si volviera a haberlo.

Mi hermano tiene el cerebro más despejado y

más ordenado, con mayor capacidad para al-

macenar datos, que ningún otro ser viviente.

Las mismas facultades que yo he dedicado al

descubrimiento del crimen, él las ha empleado

en esa otra actividad especial. Todos los depar-

tamentos ministeriales le entregan a él conclu-

siones, y él es la oficina central de intercambio, la cámara de compensación que hace el balance. Todos los demás hombres son

especialistas

en algo, pero la especialidad de mi hermano es

saber de todo. Supongamos que un ministro

necesita datos referentes a un problema que

afectaba a la Marina, a la India, al Canadá y a la cuestión del bimetalismo; él podría conseguir

los informes por separado de cada uno de los departamentos y sobre cada problema, pero

únicamente Mycroft es capaz de enfocarlos

todos, y de enviarle inmediatamente un infor-

me sobre cómo cada uno de esos factores reper-

cutiría en los demás. Empezaron sirviéndose de

él como de un atajo, de una comodidad; ahora

ha llegado a convertirse en cosa fundamental.

Todo está sistemáticamente archivado en aquel

gran cerebro suyo, y todo puede encontrarse y

servirse en el acto. Una vez y otra han sido sus

palabras las que han decidido la política nacio-

nal. Eso constituye para él su vida. No piensa

en nada más, salvo cuando, a modo de ejercicio

intelectual, afloja su tensión cuando yo voy a

visitarle y le pido consejo acerca de alguno de mis pequeños problemas. Pero hoy nuestro Júpiter baja de su trono. ¿Qué diablos puede significar eso? ¿Quién es Cadogan West, y qué representa para Mycroft?

- ¡Ya lo tengo! – exclamé, y me zambullí en el montón de periódicos que había encima del sofá.

¡Sí, sí, aquí está, cómo no! Cadogan West era el joven al que se encontró muerto el martes por la mañana en el ferrocarril subterráneo. Holmes se irguió en su asiento, con la pipa a mitad de camino en la boca:

- Esto tiene que ser cosa seria, Watson. Una muerte que ha obligado a mi hermano a alterar sus costumbres no puede ser cosa vulgar. ¿Qué demonios puede Mycroft tener que ver en el asunto? Yo lo recordaba como un caso gris. Se hubiera dicho que el joven se había caído del tren, hallando así la muerte. No le habían robado, y no existía ninguna razón especial para

sospechar que se hubiese cometido violencia.

¿No es así?

- Se ha realizado una investigación – le dije -,
y han salido a relucir muchos hechos nuevos.

Mirándolo más de cerca, yo aseguraría que se
trata de un caso curioso.

- A juzgar por el efecto que ha producido sobre mi hermano, yo diría
que es el más extraordinario de los casos – Holmes se arrellanó en
un sillón -. Veamos, Watson, los hechos.

- El nombre de la víctima era Arthur Cado-
gan West, de veintisiete años, soltero, y em-
pleado de las oficinas del arsenal Woolwich.

Un empleado del Gobierno. ¡Ahí tiene usted
el eslabón que le une a mi hermano Mycroft!

- Salió súbitamente de Woolwich el lunes
por la noche. La última persona que lo vio fue
su novia miss Violet Westbury, a la que él
abandonó bruscamente en medio de la niebla a
eso de las siete y media de aquella noche. No
medió riña alguna entre ellos, y la muchacha no
sabe dar explicación de la conducta del joven.

No se volvió a saber de él hasta que su cadáver fue descubierto por un peón de ferrocarril apellidado Mason, en la parte exterior de la estación de Aldgate, que pertenece al ferrocarril subterráneo de Londres.

- ¿Hora?

- El cadáver fue descubierto el martes a las seis de la mañana. Yacía a bastante distancia de

los rieles, al lado izquierdo de la vía conforme se va hacia el Este, en lugar próximo a la estación, donde la línea sale del túnel, por el cual corre. Tenía la cabeza destrozada; herida que bien pudo producirse al caerse del tren. Sólo de ese modo pudo quedar el cadáver sobre la vía.

De haber llegado hasta allí desde algunas de las calles próximas, habrían tenido que cruzar las barreras de la estación, donde hay permanentemente un cobrador. Este detalle parece ser absolutamente seguro.

- Perfectamente. El caso se presenta bastante concreto. Ese hombre, muerto o vivo, cayó o

fue lanzado desde el tren. Todo eso lo veo claro. Prosiga.

- Los trenes que corren por la vía junto a la cual fue encontrado el cadáver son los que traen dirección de Oeste a Este, siendo algunos exclusivamente metropolitanos, y procediendo otros de Willesden y de los empalmes que allí

coinciden. Puede darse por seguro que, cuando el joven halló la muerte viajaba en esa dirección a una hora avanzada; pero es imposible afirmar

la estación en la que subió al tren.

- Eso lo demostraría su billete.

- No se le encontró billete alguno de ferrocarril en el bolsillo.

- ¡Que no se le encontró billete! Por vida mía, Watson, que eso sí que es extraño. Si mi experiencia no me engaña no es posible pasar a un andén del ferrocarril subterráneo sin mostrar el billete. Es, pues, de presumir que el joven lo tenía. ¿Se lo quitaron para que no se supiese en que estación había subido? Es posible. ¿No se le

caería en el vagón mismo? También eso es posible. Sin embargo es un detalle curioso- Tengo entendido que no mostraba señales de haberse cometido robo alguno.

- Por lo menos en apariencia. Aquí viene una lista de todo lo que llevaba encima. Su cartera contenía dos libras y quince chelines. Llevaba también un talonario de cheques de la sucursal en Woolwich del Capital and Countries Bank. Gracias a él se le pudo identificar. Llevaba también dos billetes de anfiteatro para Woolwich Theater, para la función de aquella misma noche. Y también un pequeño paquete con documentos técnicos.

Holmes dejó escapar una exclamación de jú-

bilo:- ¡Ahí, por fin, lo tenemos, Watson! Gobierno británico, arsenal de Woolwich, documentos

técnicos, mi hermano Mycroft; la cadena está completa. Pero aquí llega él, si no me equivoco, para hablar por sí mismo.

Un instante después fue introducida en

nuestra habitación la figura alta y voluminosa de Mycroft Holmes. Hombre fuerte y macizo, su figura producía una sensación de desmañada inercia física, pero, en lo alto de aquella corpulencia alzábase rígida una cabeza de frente tan dominadora, de ojos de un gris acero tan vivos y penetrantes, de labios tan firmemente apretados y tan sutil en el juego expresivo de sus facciones, que desde la primera mirada se olvidaba uno del cuerpo voluminoso y sólo pensaba en el alma dominadora.

Traía a sus talones a nuestro viejo amigo Lestrade, de Scotland Yard, delgado y severo. La expresión grave de las dos caras nos anunció por adelantado alguna investigación de mucho peso. El detective cambió apretones de manos sin decir palabra. Mycroft Holmes forcejeó el gabán, y luego se dejó caer en un sillón, diciendo: - Asunto por demás desagradable, Sherlock. Me molesta muchísimo alterar mis costumbres, pero no era posible contestar con una

negativa a los altos poderes. Tal como están las cosas en Siam, es un inconveniente el que yo me ausente de mi despacho. Pero esto de ahora constituye una auténtica crisis. Jamás vi tan alterado al primer ministro. En cuanto al Almirantazgo, allí hay un bordoneo como de colmena a la que se ha vuelto al revés. ¿Has leído lo referente al caso?

- Acabamos de leerlo. ¿Qué documentos técnicos eran esos?

- ¡Ahí está la cuestión! Por suerte, no se ha hecho pública la cosa. De haber sido, los periódicos habrían venido furiosos. Los documentos que este desdichado joven llevaba en su bolsillo eran los del submarino *Bruce-Partington*.

Mycroft Holmes hablaba con una solemnidad que daba a entender hasta que punto le parecía importante el tema. Su hermano y yo estábamos llenos de expectación.

- Con seguridad estarás enterado. Yo pensé que no habría nadie que no hubiese oído de este asunto.

- Para mí es solamente un apellido.

- Es imposible exagerar la importancia que tiene. De todos los secretos del Gobierno, el de este submarino era el más cautelosamente guardado. Puedes creerme si te digo que dentro del radio de acción de un submarino *Bruce-*

Partington se hace imposible toda operación de guerra naval. Hará dos años se coló de rondón

en los presupuestos una suma importante que se invirtió en comparar el monopolio de ese

invento. Se ha realizado toda clase de esfuerzos para conservar el secreto. Los planos, que son extraordinariamente complicados, abarcan unas treinta patentes separadas, cada una de las cuales es esencial para el funcionamiento del conjunto. Esos planos se guardaban en una caja fuerte muy ingeniosa que está dentro de unas oficinas confidenciales anexas al arsenal y que tienen puertas y ventanas a prueba de ladrones. Bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia podían ser sacados los planos de

aquellas oficinas. Si el jefe de construcciones de la Marina deseaba consultarlos, tenía que ir con

ese objeto a las oficinas de Woolwich. Pues

bien: nos encontramos ahora con esos planos en

los bolsillos de un empleadillo que aparece

muerto en el corazón de Londres. Desde un

punto de vista gubernamental, ese hecho es

sencillamente espantoso.

- Pero ¿no los habéis recuperado?

- No, Sherlock, no; ahí está el apuro. No los hemos recuperado. Se sustrajeron de Woolwich

diez planos. En los bolsillos de Cadogan West

fueron encontrados siete. Los tres más esencia-

les han desaparecido: fueron robados, se esfu-

maron. Sherlock, es preciso que dejes todo

cuanto tengas entre manos. Despreocúpate de

esos acertijos insignificantes y propios de tri-

bunales de Policía. Aquí tienes que resolver un

problema de vital importancia internacional.

¿Por qué se llevó Cadogan West los planos?

¿Dónde están los que han desaparecido? ¿Có-

mo murió ese joven? ¿De qué manera llegó su cadáver hasta donde fue encontrado? ¿Cómo puede enderezarse este entuerto? Encuéntrame contestaciones a todas estas preguntas, y habrás realizado un buen servicio a tu país.

- ¿Y por qué no lo resuelves tú mismo, Mycroft? Tu vista alcanza tanto como la mía.

- Quizá sí, Sherlock. Pero es cuestión de conseguir una cantidad de detalles. Tú dame esos

detalles, y yo podré darte una excelente opi-

nión de hombre técnico, desde mi sillón. Pero correr de aquí para allá, someter a interrogatorio a los guardas ferroviarios, tumbarse de cara

en el suelo con un cristal de aumento pegado a

mi ojo, todo eso se sale de mi oficio. No, tú eres la única persona capaz de poner en claro el

asunto. Si tienes el capricho de leer tu nombre y apellido en la próxima lista de honores y condecoraciones...

Mi amigo se sonrió, movió negativamente la cabeza y dijo:

- Yo entro en el juego por puro amor al juego. Ahora bien: el problema presenta determi-

nados puntos de interés y lo tomaré en consideración muy a gusto. Vengan algunos datos más.

- He garrapateado los mas esenciales en esta hoja de papel, junto con unas cuantas direcciones que te serán útiles. El verdadero custodia-

dor oficial de los planos es el célebre técnico del Gobierno sir James Walter, cuyas condecoraciones y subtítulos cubren dos líneas en un dic-

cionario de personalidades. Ha encanecido en

el servicio, es un caballero, lo reciben con favor en las mansiones más altas, y es, sobre todo, un

hombre cuyo patriotismo está fuera de cual-

quier sospecha. Él es una de las dos personas

que tienen una llave de la caja de seguridad.

Agregaré que los planos se hallaban, sin duda

alguna, en las oficinas durante las horas de tra-

bajo del lunes, y que sir James salió para Lon-

dres a eso de las tres de la tarde, llevándose con él la llave. Estuvo en casa del almirante Sinclair, en la plaza Barclay, durante toda la velada,

mientras ocurrió este incidente.

- ¿Ha sido contrastado este hecho?

- Sí; su hermano, el coronel Valentine Walter, ha dado testimonio de la hora en que salió de Woolwich, y el almirante Sinclair de la de su llegada a Londres; de modo, pues, que sir James ha dejado de ser un factor directo en el problema.

- ¿Quién era la otra persona que disponía de una llave?

- El empleado mayor y dibujante mister Sydney Jonson. Es hombre de cuarenta años, casado, con cinco hijos, callado y huraño, pero, en conjunto, tiene una hoja excelente de servicios al Estado. Goza de pocas simpatías entre sus colegas, pero es un trabajador infatigable.

Según lo que él mismo cuenta, y que está corroborado por las afirmaciones de su esposa,

permaneció sin salir de su casa durante toda la

tarde del lunes, después de las horas de oficina, y su llave no abandonó ni un solo instante la cadena del reloj de la que cuelga.

- Háblame ahora de Cadogan West.

- Lleva diez años en el servicio del Gobierno,

y ha trabajado bien. Tiene fama de ser hombre arrebatado e impetuoso, pero recto y honrado. Nada podemos decir en contra suya. Él ocupaba en las oficinas el lugar siguiente a Sydney Jonson. Sus obligaciones le ponían en contacto diario y personal con los planos. Nadie más podía manejarlos.

- ¿Quién guardó aquella noche los planos en la caja fuerte?

- Mister Sydney Jonson, primer oficial.

- Entonces, es cosa completamente clara quien se los llevó, ya que fueron encontrados sobre el cuerpo del segundo empleado, Cadogan West. La cosa parece definitiva, ¿no es así?

- En efecto, Sherlock; sin embargo, quedan sin explicar muchas cosas. En primer lugar, ¿por qué se los llevó?

- Me imagino que su valor será muy grande, ¿no es cierto?

- Le habrían pagado sin dificultad por ellos varios miles de libras.

- ¿Puedes apuntarme alguna razón posible que explique el que llevase los planos a Londres, como no fuere para venderlos?
- No, no puedo.
- Pues entonces, es preciso que aceptemos lo que digo como hipótesis de trabajo. El joven West se llevó los planos. Ahora bien: eso sólo pudo realizarlo si él disponía de una llave falsa.
- De varias llaves falsas, puesto que tenía que abrir las puertas del edificio y las de la habitación.
- Disponía, pues, de varias llaves falsas. Se llevó los planos a Londres para vender el secreto, sin duda, con el propósito de devolverlos a la caja fuerte por la mañana siguiente antes que nadie los echase en falta. Mientras se hallaba en Londres entregando a esa empresa traidora encontró la muerte.
- ¿De qué manera?
- Supondremos que regresaba a Woolwich cuando fue asesinado lanzado fuera del com-

partimiento del tren.

- Aldgate, lugar donde fue hallado el cadáver, se encuentra mucho más allá de la estación Puente de Londres, que sería la de su ruta hacia Woolwich.

- Es posible imaginar muchas circunstancias que hicieron que siguiese viaje más allá del Puente de Londres. Por ejemplo, iba en el coche alguien con el que había trabado una conversación que absorbió su atención. La conversación terminó en una escena de violencia, en la que él perdió la vida. Es posible que él intentase salir de aquel coche, que cayese a la vía y hallase de ese modo la muerte. Entonces el otro cerró la puerta. La niebla era muy espesa y nadie vio nada de lo que había ocurrido.

- Dentro de los datos que poseemos hasta ahora, no puede darse una explicación mejor; sin embargo, Sherlock, fíjate en los muchos puntos que has dejado sin tocar. Supondremos, para seguir el razonamiento, que el joven Ca-

dogan West había dado previamente una cita al agente extranjero, y que por esa razón no hubiese adquirido ningún compromiso por otro lado. En lugar de eso, Cadogan West tomó dos billetes para el teatro, marchó hacia el mismo acompañando a su novia y, de pronto, desapareció.

- Una añagaza para despistar – dijo Lestrade, que había estado escuchando con cierta impaciencia el diálogo.

- Una añagaza rarísima. Esa es la objeción número uno. Paso a la objeción número dos:

supongamos que llega a Londres y se entrevista con el agente extranjero. Es preciso que devuelva los documentos antes de la mañana siguiente, porque, de lo contrario, se descubriría su desaparición. Se llevó diez planos. Sólo se encontraron siete en el bolsillo. ¿Qué fue de los otros tres? Por propia voluntad no se habría desprendido de ellos. Además, ¿dónde está el precio de su traición? Lo natural es que se le

hubiese encontrado en el bolsillo una importante suma de dinero.

- Yo lo veo todo perfectamente claro – dijo

Lestrade -. No cabe la menor duda de lo que ocurrió. Se llevó los planos para venderlos. Se entrevistó con el agente. No lograron ponerse de acuerdo en cuanto al precio. Empezó el viaje de regreso a su casa, pero el agente marchó con él. Dentro del tren, ese agente lo asesinó, se apoderó de los planos más esenciales y arrojó su cadáver a la vía. Eso lo explicaría todo, ¿no es así?

- ¿Y por qué no llevaba billete?

- El billete habría dado a entender cual era la estación del metropolitano más próxima a la casa del agente. Por eso éste se lo quitó del bolsillo.

- Muy bien, Lestrade, muy bien – dijo Holmes -. Su teoría forma un todo ajustado. Pero si

eso es cierto, el caso está prácticamente terminado. Por un lado tenemos al traidor muerto.

Por otro lado, los planos del submarino *Bruce-Partington* estarán ya, según toda probabilidad, en el Continente. ¿Qué nos queda por

hacer

nosotros?

- ¡Actuar, Sherlock, actuar! – exclamó Mycroft, poniéndose bruscamente en pie -. Todos mis instintos están en contra de esa explicación.

¡Pon todas tus facultades en la obra! ¡Vete al escenario del crimen! ¡Habla con las personas relacionadas con el asunto! ¡No dejes piedra sin

mover! En toda tu carrera no tuviste jamás una oportunidad tan grande de servir a tu país.

- ¡Bueno, bueno! – dio Holmes, encogiéndose de hombros -. ¡Vamos, Watson! Y usted, Les-trade, ¿podría favorecernos con su presencia durante algunas horas? Empezaremos nuestras pesquisas con una visita a la estación de Aldgate. Adiós, Mycroft. Te haré llegar un informe antes de la noche, pero te advierto por adelantado que es poco lo que puedes esperar.

Una hora más tarde estábamos Holmes, Les-trade y yo en el ferrocarril subterráneo y en el punto mismo en que éste sale del túnel que

desemboca en la estación de Aldgate. Un anciano, cortés y rubicundo, representaba a la compañía del ferrocarril, y nos dijo, señalando un punto que distaba cosa de un metro de los raíles:

- Aquí es donde yacía el cadáver del joven.

No pudo caer de arriba porque, según ven ustedes, se trata de muros completamente lim-

pios. Por consiguiente, sólo pudo caer de un tren, y ese tren, hasta donde nos es posible localizar, debió de cruzar a eso de la medianoche

del lunes.

- ¿Se ha hecho un examen de los vagones para ver si presentan alguna señal de lucha violenta?

- No hay tales señales, tampoco se le encontró billete.

- ¿Nadie dio parte de que había sido encontrada abierta una portezuela?

- Nadie.

- Esta mañana hemos recibido nuevos datos

– dijo Lestrade -. Un pasajero que cruzó por Aldegate en un tren metropolitano corriente, a eso de las once y cuarenta de la noche del lunes, oyó un pesado golpe como si hubiese caído a la línea un cuerpo, un momento antes de que el tren llegase a la estación. Pero la niebla era muy espesa y nada podía verse. No dio ningún aviso de lo ocurrido en aquel momento... ¿Qué le ocurre, Holmes?

Mi amigo se había quedado inmóvil, con una expresión de la más tensa atención en el rostro, mirando a los raíles del ferrocarril en el sitio mismo en que éstos formaban una curva a la salida del túnel. Aldgate es una estación de empalme, y los raíles forman allí una verdadera red. Holmes tenía fija en ellos su mirada anhelante e interrogadora; advertí en su rostro vivo y penetrante aquel apretamiento de labios, aquel vibrar de las ventanas de la nariz y aquella contracción de las cejas, largas y tupidas, que tan elocuentes eran para mí.

- Agujas – murmuró -; las agujas.

- ¿Qué les pasa a las agujas? ¿Qué quiere decir usted con ello?

- Me imagino que en un sistema ferroviario como éste no existirá gran número de agujas, ¿verdad?

- No; son muy pocas.

- Y, además, una curva, agujas y una curva.

¡Por vida de...! Si fuera nada más que eso...

- ¿Qué le ocurre, señor Holmes? ¿Ha descubierto usted una pista?

- Una idea, una simple indicación y nada más. Pero va aumentando mi interés este caso. Sería un detalle único, completamente único, y, sin embargo, ¿por qué no? No descubro rastro alguno de sangre sobre la línea.

- En efecto, no hay sino ninguno.

- Sin embargo, tengo entendido que el cadáver presentaba una herida muy importante.

- El cráneo estaba roto, pero exteriormente no se advertían indicios de la herida.

- Pero lo natural es que sangrase algo. ¿Podría yo examinar el tren en que iba el viajero que oyó aquel golpe seco de una caída en medio de la niebla?

- Me temo que no podrá hacerlo, mister Holmes, porque ahora el tren ha sido ya deshecho y los coches han sido distribuidos en otros trenes.

- Puedo asegurarle, Holmes – dijo Lestrade -, que todos los coches fueron revisados cuidadosamente. Yo mismo me ocupé de ello.

Una de las más evidentes debilidades de mi amigo era la de su impaciencia al tropezar con inteligencias menos despiertas que la suya. En esta ocasión contestó alejándose de allí:

- Es muy inverosímil lo que usted me dice; pero da la casualidad de que lo que yo deseaba examinar no eran precisamente los coches.

Watson, ya hemos terminado aquí. Lestrade, no necesitamos molestarle más. Creo que ahora nuestras pesquisas van a llevarnos a Woolwich.

Al llegar al Puente de Londres, Holmes es-

cribió un telegrama para su hermano, y me lo dio a leer antes de entregarlo en la ventanilla.

Decía así:

« Veo alguna luz en la oscuridad, pero es posible que se apague. Mientras tanto, envíame por un mensajero, que aguardará mi regreso en Baker

Street, una lista completa de todos los espías extran-

jeros o agentes internacionales de cuya existencia en Inglaterra se tienen noticias, con la dirección completa de sus domicilios.

Sherlock»

- Esto debería sernos útil, Watson – contestó mientras ocupábamos nuestros asientos en el tren que pasaba por Woolwich -. Hemos contraído, desde luego, una deuda con mi hermano Mycroft por habernos hecho participar en este caso que promete ser verdaderamente extraordinario.

Su rostro anhelante seguía manifestando la energía intensa y la extrema tirantez, que me hacía comprender la existencia de algún detalle nuevo y sugestivo que había abierto una direc-

ción estimulante a sus pensamientos. Fíjese el lector en el perro zorrero cuando pasa holgazán el tiempo alrededor de las perreras, con las orejas colgantes y el rabo caído, y compárelo con su actitud cuando, con ojos llameantes y mús-

culos tensos, corre por la línea del husmillo que sube hasta la altura del pecho. Así era el cambio que se había efectuado en Holmes desde aquella mañana. Era un hombre distinto de aquel

otro, lleno de flojedad y como inválido, que algunas horas antes había merodeado tan inquieto, vestido con su batín color arratonado, por la habitación rodeada de un cinturón de niebla.

- Aquí contamos con materiales. Aquí hay campo de acción. He dado pruebas de estar dormido al no haber caído en la cuenta de las posibilidades que encerraba el caso.

- Pues para mí son todavía un misterio.

- El misterio es para mí el final, pero he afe-rrado ya una idea que quizá nos lleve lejos. Ese hombre fue muerto en algún otro sitio y su ca-

dáver estaba encima del techo de un coche del ferrocarril.

- ¡Encima del techo!

- Extraordinario, ¿verdad? Pero medite us-

ted en los hechos. ¿Se trata de una simple coin-

cidencia el que haya sido encontrado en el lugar mismo en que el tren da saltos y balanceos

al salir de una curva para entrar en las agujas?

¿No es precisamente ese lugar en que es proba-

ble que cayese a la vía cualquier objeto coloca-

do encima del techo de un coche? Las agujas no

influirían en ningún cuerpo que fuese dentro

del tren. O bien el cadáver cayó desde el techo,

o, por el contrario, se ha dado una coincidencia

por demás curiosa. Pero medite usted en la

cuestión de la sangre. Desde luego, si el cadá-

ver había sangrado en algún otro lugar, no se

observarían rastros de sangre en la línea. Cada

uno de estos dos hechos es por si mismo suges-

tivo. Juntos tienen fuerza acumulativa.

- ¡Eso sin contar la cuestión del billete! – ex-

clamé yo.

- Exactamente. No logramos explicarnos la falta del billete. Esto nos lo explicaría. Todo encaja perfectamente entre sí.

- Pero supongamos que sea ese el caso: nos encontramos tan lejos de desentrañar el misterio de su muerte como antes. La verdad es que el caso no se simplifica, sino que se hace más extraordinario.

- Quizá – dijo Holmes, pensativo – quizá.

Volvió a caer en su silencio ensimismamiento que duró hasta que el tren se detuvo en la estación de Woolwich. Una vez allí llamó a un coche de alquiler y sacó de su bolsillo el papel que le había entregado Mycroft.

- Tenemos una bonita lista de visitas para hacer esta tarde. Creo que la que reclama en primer término nuestra atención es la de sir James Walter.

La casa del célebre funcionario público era una elegante villa con verdes praderas que se

extendían hasta la orilla del Támesis. Cuando llegamos a ella se levantaba la niebla, y un resplandor de sol diluido y tenue, se abría paso por entre la misma. A nuestra llamada acudió un dispensero, que nos contestó con rostro solemne:

-¡Señor, sir James murió esta mañana!

- ¡Santo Dios! – exclamó Holmes, atónito -.

¿De qué murió?

- Señor, quizá le convenga a usted pasar y hablar con su hermano, el coronel Valentine.

- Si, eso será lo mejor.

Nos pasaron a una salita que estaba a media luz y a la que acudió enseguida un caballero de unos cincuenta años, muy alto, bello, de barba rubia. Era el hermano mas joven del hombre de ciencia fallecido. Todo en él delataba lo súbito del golpe que se había descargado sobre aque-

lla familia: la mirada ojerosa, las mejillas descoloridas y el cabello enmarañado. Casi no logra-

ba articular las palabras al hablar de aquella

muerte.

- La culpa la tiene este horrendo escándalo –

nos dijo -. Mi hermano sir James era hombre muy sensible a todo lo que afectaba su honor, y

no podía sobrevivir a este asunto. Le destrozó

el corazón. Él se mostraba siempre muy orgu-

lloso de la eficacia de su departamento, y esto

fue para él un golpe aplastador.

- Veníamos con la esperanza de que nos di-ese algunos datos que habrían podido ayudar-

nos a poner en claro el asunto.

- Les aseguro que todo constituía para él un

misterio, como lo es para ustedes y para todos

nosotros. Había puesto ya a disposición de la

policía todos sus datos. Naturalmente, no du-

daba que Cadogan West era culpable. Pero to-

do lo demás le resultaba inconcebible.

- ¿No puede usted darnos algún dato nuevo

capaz de hacer una luz en este asunto?

- No sé sino lo que he leído u oído hablar.

No deseo parecer descortés, mister Holmes;

pero ya comprenderá que en este momento nos encontramos completamente trastornados, y por eso no tengo mas remedio que suplicarle que demos fin a esta entrevista.

Cuando volvimos a estar en el coche, me dijo mi amigo:

- Ha sido, desde luego, una novedad inesperada. ¿Habrá sido natural la muerte, o se habrá matado al pobre viejo? En este último caso, ¿no se podrá interpretar esa acción como una censura a su propia persona por el abandono de sus obligaciones? Dejemos para más adelante esta cuestión. Y ahora vamos a visitar a la familia de Cadogan West.

La desconsolada madre residía en una casa pequeña, pero bien cuidada, de los alrededores de la población. La anciana estaba afectada por el dolor para poder sernos de alguna utilidad; sin embargo, había a su lado una joven de pálido rostro, que se nos presentó como miss Violet Westbury, la prometida del muerto y la última

persona que habló con él aquella noche fatal.

- No consigo explicármelo, mister Holmes –

nos dijo -. No he pegado un ojo desde que ocu-

rrió la tragedia, pensando, pensando y pensan-

do, de día y de noche, en lo que pueda verda-

deramente significar todo esto. Arthur era el

hombre más sincero, más caballeroso y el mejor

patriota del mundo. Antes de vender un secreto

de Estado confiado a él, Arthur habría sido ca-

paz de cortarse la mano derecha. A cualquiera

que lo conociese tiene que resultarle semejante suposición una cosa absurda, imposible, dispa-ratada.

- Pero ahí están los hechos, miss Westbury.

- En efecto, sí, confieso que no consigo expli-

cármelos.

- ¿Andaba acaso necesitado de dinero?

- No; sus necesidades eran modestas y su

suelo generoso. Había conseguido economizar

algunos centenares de libras y nos íbamos a

casar por Año Nuevo.

- ¿No advirtió usted en él señales de excita-

ción mental? Ea, miss Westbury, sea absolutamente franca conmigo.

La vista rápida de mi compañero había advertido alguna leve mutación en las maneras de nuestra interlocutora. Ésta se sonrojó y titubeó hasta que, por fin, dijo:

- Sí. Yo tenía como una sensación de que algo le preocupaba.

- ¿Desde hace mucho tiempo?

- Nada más que en la última semana, o cosa así. Se mostraba pensativo y preocupado. En

una ocasión le insté a que me dijese lo que ocurría. Reconoció que, en efecto, algo le preocupaba, y que se refería a cuestiones de su cargo

oficial. «La cuestión es demasiado grave para

que yo hable de ella, ni aún contigo», me dijo, y eso fue todo lo que conseguí sacarle.

Holmes tenía una expresión grave.

- Prosiga, miss Westbury. Dígamelo todo, aunque parezca que le perjudica a él. Ignoramos adónde nos puede llevar, en fin de cuen-

tas.- La verdad es que nada más tengo que decir. En una o dos ocasiones tuve yo un barrunto de que iba a contarme algo. Una noche me habló de la importancia que tenía aquel secreto, y creo recordar que me dijo que los espías extranjeros pagarían sin duda por el mismo una fuerte suma.

El rostro de mi amigo se puso todavía mas serio.

- ¿Algo mas?

- Dijo que nosotros procederíamos con abandono en esta clase de asuntos, que sería cosa fácil para un traidor hacerse con los planos.- ¿Le hizo esas manifestaciones recientemente?- Si; muy recientemente.

- Cuéntenos ahora lo que ocurrió la última noche.

- Íbamos al teatro. La niebla era tan espesa que de nada nos hubiera servido tomar un coche. Fuimos caminando y pasamos cerca de las

oficinas. De pronto se lanzó como una flecha y se perdió en la niebla.

- ¿Sin dar una explicación?

- Dejó escapar una exclamación. Eso fue todo. Esperé, pero él no regresó. Entonces volví caminando a mi casa. A la mañana siguiente, después de la hora de abrir las oficinas, vinie-

ron a preguntar por él. A eso de las doce nos enteramos de la terrible noticia. ¡Oh, mister

Holmes, si pudiera usted salvar su honor, por lo menos su honor! Para él lo era todo.

Holmes movió tristemente la cabeza y me dijo:

- Vamos, Watson. El deber nos llama a otra parte. Nuestra próxima visita debe ser a las oficinas donde fueron sustraídos los planos.

Cuando el coche se alejaba de aquella casa, me dijo:

- Las cosas se presentaban antes feas para este joven, pero las pesquisas que hemos realizado las presentan aún peor. Lo inminente de su

boda proporciona un móvil para la comisión del delito. Como es natural, necesitaba dinero. Que la idea estaba dentro de su cabeza lo da a entender el que hablase del asunto. Estuvo a punto de convertir a la muchacha en cómplice suya, hablándole de sus proyectos. Todo eso se presenta muy feo.

- Pero, Holmes, también el testimonio unánime de su honradez debe ser tenido en cuenta.

Además, ¿cómo es posible explicar que dejase a la muchacha en mitad de la calle y saliese de pronto como disparado a cometer el delito?

- Así es, en efecto. Es indudable que se pueden poner objeciones. Pero frente a ellas se alza una argumentación formidable.

Mister Sydney Jonson, oficial primero, salió en las oficinas a nuestro encuentro y nos acogió con el respeto que imponía siempre la tarjeta de mi compañero. Era un hombre delgado, huraño, de gafas y edad mediana; estaba ojeroso y las manos le temblaban por efecto de la

tensión nerviosa a que había estado sujeto.

- ¡Qué desgracia, mister Holmes, que desgracia! ¿Se ha enterado usted de la muerte de nuestro jefe?

- Hemos estado hace poco en su casa.

- Aquí está todo desorganizado. El jefe muerto, Cadogan muerto y los planos robados.

Y, sin embargo, cuando el lunes por la tarde cerramos las oficinas, era ésta una dependencia de funcionamiento tan perfecto como la mejor de las del Gobierno. ¡Santo Dios, y qué espanto

causa pensar en ello! ¡Pensar que West, el hombre de quien menos lo habría uno pensado,

haya hecho semejante cosa!

- Según eso, ¿usted está seguro de su culpabilidad?

- Es la única posibilidad que veo. Sin embargo, yo me habría sentido tan seguro de él como de mí mismo.

- ¿A qué hora cerraron las oficinas el lunes?

- A las cinco.

- ¿Fue usted quien las cerró?
- Soy siempre el último empleado que abandona el local.
- ¿Dónde estaban guardados los planos?
- En aquella caja fuerte.
- ¿No queda en el edificio ningún vigilante?
- Sí que queda; pero tiene que vigilar otros departamentos además de éste. Es un veterano del Ejército; hombre de la mayor confianza. No observó nada anormal esa noche. Hay que tener en cuenta que la niebla era muy espesa.
- Suponiendo que Cadogan West hubiese querido penetrar esa noche en el edificio fuera de las horas de trabajo, ¿no es cierto que habría necesitado tres llaves para llegar a los planos?
- Así es. La llave de la puerta exterior, la llave de las oficinas y la llave de la caja.
- ¿No tenía esas llaves otras personas que sir James Walter y usted?
- Yo no disponía de las llaves de las puertas, sino la de la caja.

- ¿Era sir James Walter hombre de costumbres ordenadas?

- Sí, creo que sí. Por lo que se refiere a esas tres llaves, creo que las guardaba en el mismo llavero en que yo se las había visto muchas veces.- ¿Y se lo llevaba a Londres?

- Así lo decía.

- ¿Y usted no se separaba nunca de su llave?

- Nunca.

- De modo, pues, que si West ha sido el culpable tenía por fuerza que poseer un duplicado. Y, sin embargo, no se le encontró al cadáver. Otro punto: si un empleado de estas oficinas hubiese querido vender los planos, ¿no le habría sido más sencillo sacar una copia de los mismos, que el apoderarse de los originales, como lo hicieron?

- El copiar los planos de manera tan eficaz habría exigido grandes conocimientos técnicos.

- Me imagino que tanto sir James como us-

ted o Cadogan poseían esos conocimientos técnicos.

- Está claro que lo poseíamos. Pero no trate usted, mister Holmes, de embrollarme a mí en el asunto. ¿Qué se adelanta con esta clase de especulaciones, siendo así que se encontraron los planos originales encima de West?

- Lo digo porque resulta verdaderamente extraño que corriese con los riesgos de sustraer los planos originales pudiendo haber sacado tranquilamente copias que le habrían servido igual para el caso.

- Desde luego que es raro; sin embargo, lo hizo.

- Cuantas pesquisas se llevan a cabo en este asunto nos ponen al descubierto algo inexplicable. Vamos a otra cosa: faltan todavía tres de los planos. Son, según tengo entendido, los más esenciales.

- En efecto, así es.

- ¿Quiere decir esto que cualquiera que po-

sea esos tres planos, aun sin los siete restantes, estaría en condiciones de construir el submarino *Bruce-Partington*?

- Yo he informado en ese sentido al Almiran-

tazgo. Pero hoy he vuelto a repasar los planos y

ya no estoy seguro. En uno de los planos devueltos están dibujadas las válvulas dobles con

las guías ajustables automáticamente. Los ex-

tranjeros no podrían construir el submarino

hasta que no inventen por sí mismos este dis-

positivo. Naturalmente podrían vencer pronto

semejante dificultad.

- Pero los tres planos que faltan son los más importantes.

- Sin duda alguna.

- Si usted me lo permite, haré un recorrido

por las oficinas. No creo que tenga que hacerle

ninguna otra pregunta.

Holmes estudió la cerradura de la caja fuer-

te, la puerta de la habitación y los postigos de

hierro de la ventana. Sólo cuando estuvimos en

la pradera del lado de afuera de la ventana, se

despertó vivamente su interés. Había allí un

arbusto de laurel y varias de sus ramas parecían haber sido torcidas o quebradas. Las examinó cuidadosamente con su lente de aumento y examinó luego algunas huellas borrosas y confusas que habían dejado en el suelo. Por último, pidió al oficial primero que cerrase los postigos de hierro, y me hizo notar que no encajaban bien en el centro y que cualquiera podía ver desde fuera lo que pasaba en el interior.

- Todas estas indicaciones han sido echadas a perder por el retraso de tres días. Quizá no signifiquen nada, pero también pudiera darse el caso contrario. Bueno, Watson, yo no creo

que Woolwich pueda dar de sí más de lo que ha dado. Parca es la recolección que aquí hemos

hecho. Vamos a ver si se nos dan mejor las cosas en Londres.

Sin embargo, antes que abandonásemos la estación Woolwich agregamos una nueva gavi-

lla a nuestra cosecha. El empleado de la taquilla pudo informarnos con absoluta seguridad de

que había visto a Cadogan West – al que cono-

cía muy bien de vista – la noche del lunes, y que se había trasladado a Londres por el tren

de las ocho y quince que se dirige al Puente de

Londres. Iba solo y tomó un billete de tercera.

Al taquillero le llamaron la atención sus mane-

ras, nerviosas y llenas de excitación. De tal forma le temblaban las manos, que anduvo

con dificultad para recoger el cambio, y el em-

pleado mismo tuvo que ponérselo en la mano.

Consultando el horario, se vio que aquel era el

primer tren que podía tomar West, después de abandonar a su novia a eso de las siete y media.

Después de media hora de silencio, dijo de

pronto Holmes:

- Reconstruyamos los hechos, Watson. No creo que en todas las pesquisas que llevamos realizadas conjuntamente hayamos tropezado jamás con otro caso más difícil de abordar. Paso que damos hacia delante no nos sirve para otra cosa que para descubrirnos una nueva loma que escalar. Sin embargo, hemos realizado al-

gunos progresos apreciables... En términos generales, nuestras investigaciones en Woolwich han sido contrarias a Cadogan West: pero los indicios de la ventana quizás se presten a una hipótesis favorable. Supongamos, por ejemplo, que se le hubiese acercado para hacerle proposiciones algún agente extranjero. Quizás lo hizo poniendo por delante determinadas condiciones que le impedían dar parte de lo ocurrido, pero que, sin embargo, lograron influir en el curso de sus pensamientos de la manera que hemos visto por las palabras a su prometida. Perfectamente. Supongamos ahora que, cuando se dirigía al teatro con su novia, distinguió a ese mismo agente que marchaba en dirección a las oficinas. Era hombre impetuoso, rápido en tomar sus resoluciones. Lo sacrificaba todo al deber. Siguió al hombre, llegó a la ventana, presencié la sustracción de los documentos y salió en persecución del ladrón. De esa manera salvamos la dificultad de que nadie que estuviera en condiciones de sacar copias de

los planos, robaría los originales. Trantándose de una persona ajena a las oficinas, no tenía más remedio que sustraer los originales. Hasta ahí la hipótesis está dentro de la lógica.

- Y después de eso, ¿qué?

- Ahí es donde empiezan las dificultades.

Cualquiera se imaginaría que el acto primero del joven Cadogan West sería echar mano al canalla y dar la alarma. ¿Por qué no lo hizo?

¿No cabría la posibilidad de que quien se apoderó de los papeles fuese un funcionario de

categoría superior a la suya? Eso explicaría la conducta de West. ¿No podría ser también que

ese funcionario superior le hubiese dado esquinazo en medio de la niebla y que West saliese inmediatamente para Londres, a fin de llegar antes que él a sus habitaciones, dando por supuesto que sabía dónde estaba su residencia?

La llamada debió de ser muy apremiante, para dejar como dejó a su novia abandonada en medio de la niebla y para no haber hecho ninguna

tentativa con objeto de ponerse en comunicación con ella. Al llegar aquí nuestro husmillo se enfría. Existe un ancho foso entre cualquiera de

estas dos hipótesis y la colocación del cadáver de West en el techo de un coche de ferrocarril

metropolitano, con siete planos en el bolsillo. El instinto me empuja a trabajar desde este momento por el otro extremo. Si Mycroft nos ha enviado las direcciones que le pedí, quizá podemos elegir en ellas nuestro hombre y seguir

dos pistas, en lugar de una sola.

Como era de presumir, en Baker Street nos estaba esperando una carta. La había traído con

urgencias de correo un mensajero del Gobierno.

Holmes le echó un vistazo y luego me la pasó a

mí. Decía así:

« La morralla es abundante, pero hay muy pocos capaces de acometer un negocio de tal envergadura.

Los únicos dignos de ser tomados en consideración son: Adolph Meyer, del número 13, Great George Street, Westminster; Louis La Rothière, de Campeen Masions, Nottin Hill, y Hugo Oberstein, número 13, Caulfield Gardens, Kensington. De este último se sabe que se hallaba en Londres el lunes y que se ha ausentado posteriormente. Me satisface que veas alguna luz. El Gabinete espera tu informe definitivo con la mayor ansiedad. Se han hecho desde las más altas esferas apremiantes llamamientos. Toda la fuerza del Estado estará dispuesta a apoyarte en caso de necesitarlo.

Mycroft. »

- Me temo que en un asunto como éste no van a servirnos de nada todos los caballos de la

reina y todos los hombres de la reina.

Holmes había extendido encima de la mesa su gran plano de Londres y estaba ansiosamente inclinado encima del mismo. De pronto, y con una exclamación de sorpresa, dijo:

- Vaya, vaya, las cosas van, por fin, viniendo hacia nosotros. ¡Por vida mía, Watson, que aun tengo confianza en que nos vamos a salir con la nuestra!

Y me palmeó en el hombro, en un estallido de hilaridad.

- Voy a salir. Se trata nada más que de un reconocimiento. No emprenderé nada serio sin llevar a mi lado a mi leal camarada y biógrafo. Quédese aquí. Según toda probabilidad, estaré de vuelta dentro de algunas horas. Si le pesa el tiempo, ármese de papel oficio y pluma y comience su relato de cómo en cierta ocasión sal-

vamos a nuestro país.

Aquel optimismo se reflejó hasta cierto punto en mi propio ánimo, porque sabía perfecta-

mente que para apartarse de su habitual seriedad de maneras hacía falta que hubiese razones muy fuertes que despertasen su júbilo. Esperé lleno de impaciencia su regreso durante toda aquella tarde de noviembre. Por fin, y poco después de las diez, llegó un mensajero con una carta que decía:

Estoy cenando en el restaurante Goldini, Gloucester Road Kensington. Venga enseguida a compartir mi cena. Tráigase una llave de mecánico, una linterna sorda, un escoplo y un revolver.

S. H.

Era un lindo herramental para que un ciudadano respetable anduviese con el mismo por las calles envueltas en niebla. Guardé todo convenientemente en mi gabán y me hice llevar derecho a la dirección que se me había dado. Allí estaba mi amigo, sentado a una mesita redonda, cerca de la puerta del chillón restauran-

te italiano.

- ¿Ha cenado usted ya? Pues entonces,

acompañeme en el café y el *curaçao*. Pruebe uno de los cigarros del propietario. No son tan ve-nenosos como parecen. ¿Trajo las herramien-

tas?- Las tengo aquí, en mi gabán.

- Magnífico. Voy a darle un ligero esbozo de lo que he realizado, con algunas indicaciones de lo que vamos a emprender. Empiece, Watson, por tener como hecho evidente el de que, en efecto, el cadáver de ese joven fue colocado encima del techo del tren. Eso estaba ya claro desde el momento en que dejé establecido que el cadáver había caído del techo del tren y no del interior de uno de sus vagones.

- ¿No podrían haberlo dejado caer desde alguno de los puentes?

- Yo diría que eso es imposible. Si usted se fija en los techos de los coches, verá que son ligeramente curvos, sin barandilla de ninguna clase

en los bordes. Podemos, pues, afirmar con seguridad que el cadáver fue colocado allí.

- ¿Pero cómo es posible semejante cosa?

- Ésa era la pregunta a la que era preciso

contestar. Pues bien: sólo de una manera podía

hacerse. Ya sabrá usted que en algunos puntos

del West End, el ferrocarril subterráneo corre a

cielo abierto, entre túnel y túnel. Yo conservaba un recuerdo confuso de haber visto ventanas

por encima de mi cabeza en alguno de mis via-

jes por el metropolitano. Supongamos que el

tren se detuviese debajo de alguna de esas ven-

tanías: ¿qué dificultad había en colocar el cadá-

ver encima del techo?

- Parece sumamente improbable.

- Tenemos que echar mano otra vez del viejo

axioma de que, cuando fallan todas las demás

posibilidades, la verdad tiene que estar en la

única que permanece en pie, por muy poco

probable que sea. Aquí han fallado todas las demás posibilidades.

Pues bien: cuando descubría que el más importante de los agentes in-

ternacionales, el que acababa de ausentarse de

Londres, vive en una casa de pisos cuyas ventanas dan a las líneas del ferrocarril subterráneo, me entró tal alegría, que le asombré a usted con mi súbita frivolidad.

- Vamos, ¿de modo que fue eso?

- Sí, eso fue. Mister Hugo Oberstein, del número trece, Caulfield Gardens, se convirtió en mi objetivo. Empecé mis operaciones en la estación de Gloucester Road, en la que un empleado muy servicial se prestó a caminar conmigo por la vía, permitiéndome comprobar, no sólo que las ventanas de la escalera interior de Caulfield Gardens dan a las líneas, sino de un hecho todavía más fundamental, a saber: que, debido a la interacción de uno de los ferrocarriles mayores, es frecuente que los trenes del subterráneo tengan que detenerse durante algunos minutos en aquel sitio precisamente.

- ¡Estupendo, Holmes! ¡Ya es suyo el problema!

- No tanto, Watson, no tanto. Avanzamos,

pero la meta está todavía lejos. Después de reconocer la parte posterior de Caulfield Gardens exploré la delantera y me convencí de que el pájaro había huido, efectivamente. La casa es espaciosa, pareciéndome que las habitaciones del piso superior están desamuebladas. Oberstein vivía allí con un único ayuda de cámara, que será probablemente algún cómplice que goza de toda su confianza. Es preciso que tengamos muy presente que Oberstein ha marchado al Continente para dar salida a su botín, pero no como un fugitivo. Ningún motivo tiene para temer una orden de detención, y con seguridad que no se le va a ocurrir la idea de que un detective aficionado le vaya a hacer una visita domiciliaria. Y eso es precisamente lo que ahora estamos a punto de llevar a cabo.

- ¿No habría modo de conseguir una orden de allanamiento que le dé legalidad?

- Será difícil obtenerla nada más que con las pruebas de las que ahora disponemos.

- ¿Y qué esperamos sacar de esta visita?

- No sabemos la clase de correspondencia que podemos encontrar allí.

- No me gusta la cosa, Holmes.

- Usted, mi querido compañero, quedará de centinela en la calle. Yo me encargaré de la parte criminal. No es momento de pararse en barras. Piense en la carta de Mycroft, en el Almirantazgo, en el Consejo de ministros, en la alta personalidad que espera noticias. Es preciso que vayamos.

Mi respuesta fue ponerme de pie y decir:

- Tiene razón, Holmes. Es preciso ir.

Holmes se puso rápidamente en pie y me estrechó la mano.

- Estaba seguro de que no se echaría usted atrás en el último instante.

Eso me dijo, y yo descubrí durante un momento en sus ojos algo que acercaba a la ternura mucho más que a todo lo que yo había visto

en él hasta entonces. Un momento después había vuelto a ser el hombre dominador y práctico.- Desde aquí hasta allí hay casi un kilómetro, pero no tenemos prisa. Vayamos caminando.

No deje caer ninguna de las herramientas, por favor. El que lo detuviesen como tipo sospechoso nos acarrearía una complicación lamentable.

Caulfield Gardens era una de esas hileras de casas de fachadas chatas, con columnas y pórtico, que en el West End de Londres constituyen un producto tan característico de la época media victoriana. En la casa de al lado parecía que hubiese una fiesta de niños, porque el alegre

runrún de las voces infantiles y el estrépito del piano llenaban la noche. La niebla seguía envolviéndolo todo y nos cubría con sus

sombras amigas. Holmes encendió su linterna y proyectó su luz sobre la maciza puerta.

- El problema es serio – dijo -, porque, además, de cerrada con llave, tiene echado el cerrojo. Quizás se nos presente mejor por el patinejo.

En caso de que se entrometa algún agente de

Policía demasiado celoso, tenemos allí un magnífico arco de puerta. Écheme una mano, Watson, y yo haré lo mismo con usted.

Unos momentos después nos encontrábamos los dos en el patinejo del sótano. Apenas habíamos tenido tiempo de meternos en la parte más sombría del mismo, cuando oímos entre la niebla de la acera, encima de nosotros, los pasos de un agente de Policía. Cuando su lento ritmo murió a lo lejos, Holmes se puso a trabajar en la puerta del patinejo. Lo vi inclinarse y hacer fuerza hasta que se abrió aquélla con un chasquido seco. Nos lanzamos inmediatamente al oscuro pasillo, cerrando a nuestras espaldas la puerta. Holmes abrió la marcha, subiendo por la escalera caracolada y sin alfombra. Su pequeño foco de luz amarillenta iluminó su ventana baja.

- Ya estamos en el sitio, Watson. Ésta debe ser.

Abrió la ventana de par en par y, al hacerlo, llegó hasta nosotros un rumor apagado, áspero,

que fue encrespándose con firmeza hasta convertirse en el huracán estrepitoso de un tren que cruzó por delante de nosotros y se perdió en la oscuridad. Holmes barrió con la luz de su linterna el antepecho de la ventana. Tenía una espesa capa de hollín, de las locomotoras que pasaban, pero la negra superficie estaba como raspada y borrosa en algunos sitios.

- Vea usted dónde apoyaron el cadáver...

¡Hola, Watson! ¿Qué es esto? No cabe duda de que es una mancha de sangre.

Holmes me mostraba unas débiles manchas descoloridas a lo largo del marco de la ventana.

- Y aquí también, en la piedra del escalón. La prueba es completa. Esperemos aquí hasta que se detenga un tren.

No tuvimos que esperar mucho. El tren siguiente rugió como el anterior desde dentro del túnel, pero acortó la marcha al salir a cielo

abierto, y acto seguido se detuvo, entre rechi-

namientos de frenos, debajo mismo de donde estábamos. Desde el antepecho de la ventana

hasta el techo de los vagones no había ni un metro de distancia. Holmes cerró suavemente

la ventana, y dijo:

- Hasta aquí tenemos la prueba de que estábamos en lo cierto. ¿Qué piensa de esto, Watson?

- Que es una obra maestra. Jamás rayó usted a tanta altura.

- Ahí no puedo estar de acuerdo con usted.

Desde el momento en que concebí la idea de

que el cadáver había estado en el techo del tren, idea que nada tiene de abstracta, todo lo demás

era inevitable. Si no fuera por los grandes intereses en juego, el asunto, hasta ahora, sería in-

significante. Lo difícil es lo que aun tenemos

por delante. Pero quizás descubramos aquí algo

que nos sirva de ayuda.

Llegamos al alto de la escalera de la cocina y

entramos en las habitaciones del primer piso.

Una de ellas estaba destinada a comedor, seve-

ramente amueblada, pero que no contenía nada de interés. La segunda era un dormitorio, también vacío de interés. La otra habitación ofrecía mejores perspectivas, y mi compañero se dispuso a realizar un trabajo sistemático. Por todas partes se veían en ella libros y papeles, y era

evidente que se empleaba para despacho. Hol-

mes revolvió rápida y metódicamente el conte-

nido, uno tras otro, de los cajones y armarios, pero su rostro severo no llegaba a iluminarse

con el más leve resplandor de un éxito. Al cabo

de una hora seguía estando en la misma situa-

ción que cuando había empezado.

- Este perro astuto ha hecho desaparecer sus

huellas – dijo al fin -. No ha dejado nada que pueda servir de base a una acusación. Ha des-truido o se ha llevado su correspondencia peli-

grosa. Ésta es nuestra última probabilidad.

Lo decía por una pequeña caja de hojalata

que tenía encima de la mesa de escritorio.

Holmes la abrió con su cortafrío. Había en el

interior varios rollos de papel cubiertos de nú-

meros y de cálculos, sin nota alguna que indicase a qué se referían. Las frases *presión de agua* y *presión por pulgada cuadrada*

apuntaban una posible relación con un submarino. Holmes los tiró con impaciencia a un lado. Sólo quedaba ya un sobre que contenía algunos pequeños recortes de periódicos. Los vertió sobre la mesa y pude ver enseguida por la expresión anhelante de su rostro que se habían despertado sus esperanzas.

- ¿Qué es esto, Watson? ¡Eh! ¿Qué es esto? El comprobante de una serie de mensajes publicados en la sección de anuncios de un periódico.

Es la columna de anuncios del *Daily Telegraph*, a juzgar por el papel y por el tipo de letras. Ángulo superior derecho de una página. No hay

fechas, pero los mensajes se clasifican por sí mismos.

Éste debe ser el primero:

«Esperaba noticias mas pronto. Convenidas

las condiciones. Escriba con todos los detalles a la dirección de la tarjeta. - *Pierrot*. »

Viene a continuación:

«Demasiado complicado para descripción.

Tiene que darme informe completo. Dinero dispuesto contra mercancía. - *Pierrot.* »

Y ahora éste:

«Asunto apremia. He de retirar ofrecimiento de no cumplirse contrato. Señale entrevista por carta. La confirmará por anuncio. - *Pierrot*»

Y por último:

«Lunes noche después de las nueve. Sólo nosotros. No desconfíe. Pago contante a la entrega de mercancías. – *Pierrot.* »

¡Un registro completo, Watson! ¡Ay, si pudiéramos llegar hasta el corresponsal que está en el otro extremo!

Holmes se quedó ensimismado, tamborileando con los dedos encima; por último se puso vivamente en pie.

- Bien, quizás no sea tan difícil, después de todo. Aquí ya no nos queda nada por hacer,

Watson. Creo que podríamos hacernos llevar

en coche hasta las oficinas del *Daily Telegraph*, para dar así un digno remate a las tareas de un

día afortunado.

Mycroft Holmes y Lestrade, a los que Hol-

mes había dado cita, vinieron a visitarnos al día siguiente después del desayuno, y Sherlock

Holmes les hizo el relato de nuestras gestiones

de la víspera. Al oír la confesión de nuestro

allanamiento de morada, el detective profesio-

nal movió la cabeza y dijo:

- Nosotros, los del Cuerpo de Policía, no podemos hacer esas cosas, Holmes. No es de extrañar que consiga resultados superiores a los nuestros. Pero cualquier día de éstos irán demasiado lejos y se encontrarán usted y su amigo en dificultades.

- ¡Por Inglaterra, nuestros hogares y una mujer hermosa! Qué se nos da, ¿verdad, Watson?

¡Mártires en el altar de nuestro país! ¿Pero a ti que te parece, Mycroft?

- ¡Magnífico, Sherlock! ¡Admirable! Pero, ¿en qué forma vas a emplear todo eso?

Holmes echó mano al *Daily Telegraph* que estaba encima de la mesa.

- ¿No han visto ustedes el anuncio que hoy ha insertado *Pierrot*?

- ¡Cómo! ¿Otro mas?

- Sí. Óiganlo. «Esta noche. A la misma hora. Mismo lugar. Dos golpes. De absoluta necesidad. Va en ello su propia seguridad. – *Pierrot*.»

- ¡Por vida de..., que si contesta al anuncio ya es nuestro! – exclamó Lestrade.

- Eso mismo pensé yo al ponerlo. Creo que si les conviniese a ustedes dos venir con nosotros a Caulfield Gardens, quizás nos encontrásemos un poco mas cerca de una solución.

Una de las más extraordinarias características de Sherlock Holmes era su capacidad para desembragar su cerebro de toda actividad, desviando sus pensamientos hacia cosas más livia-

nas, así que llegaba al convencimiento de que nadie podía adelantar en una determinada tarea. Recuerdo que durante todo aquel día me-

morable se enfrascó en una monografía que

tenía empezada sobre *Los motetes polifónicos*, de Lassus. Yo, en cambio, carecía por completo de

esa facultad de diversión, y el día, como es de suponer, me resultó interminable.

Todo convergió para excitar mis nervios: la extraordinaria importancia internacional de lo que allí se jugaba, la expectativa de las altas esferas, la índole directa del experimento que íbamos a llevar a cabo. Sentí alivio cuando, después de una cena ligera, nos pusimos en marcha para nuestra expedición. Lestrade y Mycroft se reunieron con nosotros delante de la estación de Gloucester Road, que era donde nos habíamos dado cita.

La noche anterior habíamos dejado abierta la puerta del patinejo de la casa de Oberstein, y como Mycroft Holmes se negó de redondo, indignado, a trepar por la barandilla, Sherlock

y yo no tuvimos mas remedio que penetrar en la casa y abrir la puerta del vestíbulo. A eso de las nueve de la noche estábamos todos nosotros

sentados en el despacho, esperando paciente-
mente a nuestro hombre.

Transcurrió una hora y luego otra. Cuando
dieron las once, las acompasadas campanas del
gran reloj de la iglesia parecieron doblar fúne-
bres nuestras esperanzas. Lestrade y Mycroft se
movían nerviosos en sus asientos y cada cual
miraba su reloj dos veces en un minuto. Holmes permanecía
callado, pero sereno, con los
parpados medio cerrados, pero con todos sus
sentidos alerta.

Alzó la cabeza con un respingo súbito, y di-
jo: - Ahí llega.

Por delante de la puerta se había oído los
pasos furtivos de un hombre que cruzaba. Poco
después se oyeron en sentido contrario. Luego,
un arrastrar de pies y dos aldabonazos secos.

Holmes, se levantó indicándonos que siguié-
semos sentados. La luz de gas del vestíbulo era un simple puntito.
Abrió la puerta exterior, y
después que una negra figura pasó por delante

de él, la cerró y aseguró.

«Por aquí», le oímos decir, y un instante después surgía ante nosotros nuestro hombre.

Holmes le había seguido de cerca, y cuando el desconocido se dio media vuelta, dejando escapar un grito de sorpresa y de alarma, él le

sujetó por el cuello de la ropa, y lo volvió de un empujón a la habitación. Antes que hubiese

recobrado el equilibrio, se cerró la puerta y

Holmes apoyó en ella su espalda. Aquel hom-

bre miró con ojos sin sentido. Con el golpe se le desprendió el sombrero de anchas alas, la bufanda que le tapaba la boca se le cayó, y queda-

ron al descubierto la barba rubia y sedosa y las facciones hermosas y delicadas del coronel Valentine Walter.

Holmes lanzó un silbido de sorpresa, y dijo:

- Esta vez, Watson, califíqueme en su relato como de burro completo. No era éste el pájaro

que yo esperaba.

- Pero, ¿quién es él? – preguntó Mycroft ansiosamente.

- El hermano mas joven del difunto sir James

Walter, jefe del Departamento de submarinos.

Sí, sí; ya veo hacia qué lado se inclinan las cartas. Ya vuelve en sí. Creo que lo mejor sería que me dejarasen que le interrogue.

Habíamos transportado hasta el sofá el

cuerpo caído en el suelo. Nuestro preso acabó

por incorporarse, miró en torno suyo con ex-

presión de espanto, y se pasó la mano por la frente como quien no puede creer a sus propios

sentidos. Luego le preguntó:

- ¿Qué significa esto? Yo vine a visitar a mister Oberstein.

- Coronel Walter, se sabe ya todo – dijo

Holmes -. Lo que rebasa mi comprensión es

cómo un caballero inglés ha podido conducirse

de esta manera. Pero estamos enterados de toda

su correspondencia y de sus relaciones con Oberstein. Y también de las circunstancias en

que halló la muerte el joven Cadogan West.

Permítame que le aconseje que haga usted por

ganar siquiera un poco de respeto mediante su

arrepentimiento y su confesión en vista de que hay todavía algunos detalles que solo podemos saberlos de los labios de usted.

El coronel Walter gimió y hundió la cabeza entre las manos.

Nosotros esperábamos, pero él guardó silencio. Holmes le dijo:

- Puedo asegurarle que sabemos todo lo esencial. Sabemos que le urgía el dinero; que sacó usted un molde de las llaves que tenía su hermano; que se puso usted en correspondencia con Oberstein, y que éste contestaba sus cartas mediante anuncios insertados en las co-

lumnas del *Daily Telegraph*. Sabemos que usted se dirigió a las oficinas el lunes por la noche, aprovechando la niebla, y que el joven Cadogan West le vio y le siguió, porque tenía alguna

razón para sospechar de usted. Le vio cuando usted estaba robando, pero le fue imposible dar

la alarma, no constándole que no había ido por encargo de su hermano para llevarle los planos.

West, abandonando todos sus asuntos particu-

lares, como buen ciudadano que era, marchó detrás de usted oculto en la niebla y no le perdió la pista hasta que usted llegó a esta misma casa. Entonces intervino y usted, coronel Walter, agregó al crimen de traición el más terrible aún de asesinato.

- ¡Yo no le maté! ¡No le maté! ¡Juro ante Dios que no le maté! – gritó nuestro desdichado preso.- Pues entonces, cuéntenos de qué manera encontró Cadogan West su muerte antes que colocasen su cadáver encima del techo de un coche del ferrocarril.

- Se lo contaré. Le juro que se lo contaré. En lo demás sí que intervine. Lo confieso. Fue como usted dice. Yo tenía que pagar una deuda contraída en la Bolsa. Me era indispensable el dinero. Oberstein me ofreció cinco mil. Con aquello me salvaba de la ruina. Pero, por lo que respecta al asesinato, soy tan inocente como usted.

- ¿Qué fue, pues, lo que ocurrió?

- Él venía sospechando de mí, y me siguió.

Yo no me di cuenta hasta que llegué a esta misma puerta. La niebla era muy espesa y no se distinguía a tres metros de distancia. Yo había llamado con dos aldabonazos, y Oberstein había acudido a la puerta. Entonces, el joven se abalanzó hacia nosotros, y preguntó qué íbamos a hacer con los planos. Oberstein llevaba siempre una porra corta. Al intentar West meterse a viva fuerza en la casa, Oberstein le golpeó en la cabeza. El golpe fue mortal. Murió antes de cinco minutos. Allí quedó tendido en el vestíbulo, y nosotros nos quedamos sin saber qué hacer. De pronto se le ocurrió a Oberstein la idea esa de los trenes que se detenían debajo mismo de su ventana. Pero antes examinó los planos que yo había llevado. Me dijo que los esenciales eran tres, y que tendría que quedarse con ellos. «No puede usted quedarse con ello – le dije - . Si no son devueltos a Woolwich se armará un jaleo espantoso.» «Es preciso que me quede con

ellos – me contestó -, porque son de un tipo tan técnico que es imposible sacar copias en tan escaso tiempo.», le dije yo. Él meditó un momento y de pronto exclamó que ya había encontrado la solución, diciéndome: «Me guardaré tres. Los demás se los meteremos en el bolsillo a este joven. Cuando se descubra, todo el asunto se lo cargarán a él.» Yo no veía otra solución, y por eso obramos como él indicó. Esperamos media hora en la ventana hasta que se detuvo el tren. La niebla era tan espesa que no podía verse nada, y ninguna dificultad tuvimos en bajar el cadáver de West hasta el techo del tren. Mi intervención en el asunto terminó ahí.

- ¿Y qué me cuenta de su hermano?

- Mi hermano no dijo una palabra, pero en una ocasión me había sorprendido con sus llaves, y creo que sospechaba. Leí en sus ojos que sospechaba. Como ya ustedes saben, no volvió a levantar cabeza.

Reinó el silencio en la habitación Mycroft

Holmes fue quien lo rompió:

- ¿Y por qué no repara usted el daño que ha hecho? Con ello aliviaría su conciencia y quizá su castigo.

- ¿Y qué clase de reparación puedo ofrecer?

- ¿Dónde se encuentra Oberstein con los planos?

- Lo ignoro.

- ¿No le dio alguna dirección?

- Me dijo que si le escribía al hotel Du Louvre, en París, quizá le llegasen las cartas.

- Pues entonces, aún está usted en situación de reparar un mal – dijo Sherlock Holmes.

- Haré todo cuanto esté en mi mano. No precisamente es cariño lo que tengo a este individuo, que ha sido mi ruina y mi caída.

- Aquí tiene papel y pluma. Siéntese a esa mesa y escriba lo que le digo. Ponga en el sobre

la dirección que le dio. Perfectamente.

He aquí ahora la carta:

«Querido señor: Refiriéndome a nuestra

transacción, habrá usted observado, sin duda y ahora, que falta en ella un detalle esencial. Dis-pongo de un dibujo con el cual quedará com-pleto. Sin embargo, esto me ha ocasionado una molestia especial. Y no tengo más remedio que pedirle un nuevo adelanto de quinientas libras. No quiero confiarlo al correo, ni aceptaré nada como no sea oro o billetes. Habría ido a visitar-le fuera de Inglaterra, pero el que yo saliese en esta ocasión del país llamaría la atención. Por consiguiente, espero encontrarme con usted en la sala de fumar del hotel Charing Cross, el sábado al mediodía. Billetes ingleses u oro únicamente. Recuérdelo.» Esto producirá efecto, y mucho me sorprendería si no nos entregase a nuestro hombre.

¡Y nos los entregó! Es asunto que pertenece ya a la historia; a esa historia secreta de una

nación que suele ser con frecuencia mucho más íntima e interesante que sus relatos públicos.

Oberstein, ansioso de completar el golpe maes-

tro de toda su vida, acudió al reclamo, y pudo ser encerrado con seguridad durante quince años en un presidio de Inglaterra. Le fueron encontrados en su maleta los inapreciables planos del submarino *Bruce-Partington*, que él había puesto a subasta en todos los centros de Europa.

El coronel Walter falleció en la cárcel antes que se cumpliera el segundo año de su condena. En cuanto a Holmes, volvió reconfortado a su monografía sobre *Los motetes polifónicos*, de Lassus, que posteriormente fue impresa para circular en privado, y que, según dicen los técnicos, constituye la última palabra sobre el tema. Algunas semanas después me enteré de una manera casual que mi amigo había pasado un día en Windsor, de donde regresó con un precioso alfiler de corbata de una esmeralda fina. Al preguntarle yo si la había comprado, me contestó que era un regalo que le había hecho cierta generosa dama en interés de la cual había desempeñado un pequeño encargo con bastante fortuna. Nada más me dijo; pero yo creo que

podría adivinar el nombre de aquella dama
augusta, y tengo muy pocas dudas de que el
alfiler de esmeralda le recordará para siempre a
mi amigo la aventura de los planos del subma-
rino *Bruce-Partington*.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**